DIABLO IV

BELIAL'S RETURN

TODOS LOS QUE MIENTEN

UN RELATO CORTO DE

MATTHEW J. KIRBY

HISTORIA
MATTHEW J. KIRBY

ILUSTRACIONES
ALEX MALEEV

EDICIÓN
CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
COREY PETERSCHMIDT

ASESORÍA DE UNIVERSO
IAN LANDA-BEAVERS

ASESORÍA CREATIVA
MATT BURNS, NICK CHILANO,
DAVID LOMELI Y RON MARZ

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, CARLOS GARCIA RENTA,
TAKAYUKI SHIMBO Y VALERIE STONE

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES
ROD FERGUSSON, MELISSA SMITH Y RAFAEL TELLO

LOCALIZACIÓN
MIGUEL ÁNGEL MIÑANA CAPÓN,
YAIZA GARCÍA CARMONA

Blizzard.com
© 2025 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en EE. UU. u otros países.
Publicado por Blizzard Entertainment.
Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o artista o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es mera coincidencia. Blizzard Entertainment no controla y no asume responsabilidad alguna de los sitios web del autor o de terceros, ni de su contenido.

TODOS LOS QUE MIENTEN

No era la primera vez en que el padre utilizaba su carretilla para transportar un cadáver. La había cargado con los restos mutilados de sus vecinos la última vez que los hombres cabra bajaron aullando desde las alturas. La había utilizado para llevarse a los muertos de un aldea azotada por la fiebre y los bubones, pese a las fervientes oraciones de los feligreses. En un mundo mejor, la pequeña carretilla solo habría conocido las honestas labores de una granja y habría transportado montones de mampuestos o abono. Sin embargo, el padre no vivía en ese mundo mejor. Él y su esposa cultivaban su sustento a duras penas en las duras tierras de las Cimas Quebradas. Su carretilla estaba manchada de enfermedad y sangre, y ahora contenía el diminuto y frágil cuerpo de su hija.

La pareja se sentía demasiado avergonzada de sus intenciones para viajar de día, por lo que llegaron a las ruinas bajo la fría y débil luz de la luna menguante. Los nervios de la capilla derruida se alzaban hacia el cielo, abruptos y calcinados. El arco que una vez sostuvo las puertas se erguía abierto frente a ellos, como una boca sin dientes congelada en un grito silencioso. El padre y la madre se detuvieron en el umbral, pero no por indecisión: ambos habían decidido lo mismo, aunque por diferentes motivos. Simplemente, temían dar el siguiente paso.

Una figura encapuchada salió de las sombras de las ruinas a la escasa luz de la luna.

—Os esperábamos ayer —dijo—. Empezaba a preguntarme si cumpliríais vuestra palabra.

El padre soltó la carretilla y le crujió columna al enderezarse.

—No ha sido una travesía sencilla.

—Imagino que ha sido bastante ardua —respondió la figura—. Y a partir de ahora será más difícil todavía.

—¿Estás intentando disuadirnos? —preguntó la madre.

—En absoluto. Un cambio de planes a estas alturas solo traería grandes... molestias.

—¿Para quién?—preguntó el padre apretando las manos llenas de ampollas en un puño.

—Para vosotros, por supuesto. —La figura se aproximó y bajo su capa destelló el pomo de la daga que llevaba en la cintura—. Y para mí, dado que fui yo quien negoció el acuerdo. Ahora hay más partes involucradas y no querría decepcionarlas. Pero nada de eso importa en realidad. Ambos sabemos que estáis demasiado metidos en esto como para retractaros.

La madre se plantó frente al intermediario y levantó la mirada hacia el interior de la capucha.

—Entonces, basta de tanta cháchara y hagamos lo que hemos venido a hacer.

El intermediario asintió.

—Supongo que en la carreta traéis...

El padre retiró la tela de arpillera que había utilizado para ocultar el cuerpo de su hija. Los gélidos vientos de la montaña habían evitado la putrefacción. Vestía la mortaja con la que deberían haberla enterrado y, bajo la luna, su pálida piel parecía resplandecer con el lustre de una perla. Un mechón de fino pelo castaño caía por su frente y su mejilla, y el padre se inclinó para colocárselo con cariño detrás de la oreja, como si simplemente estuviese dormida en su cama. La madre ni siquiera la miró.

—Qué preciosidad de niña —comentó el intermediario—. ¿Qué edad tenía?

—Seis años —indicó la madre.

—Una vez más, permitidme expresar mis más sinceras condolencias...

—No necesitamos tus condolencias —dijo el padre—. Necesitamos que tus socios cumplan su parte del trato.

El intermediario inclinó la cabeza.

—Muy bien. Os esperan dentro.

EL PADRE

En el pasado, las ruinas habían sido una gran capilla que acogía a los parroquianos de varias aldeas. Sus gruesos muros habían ofrecido seguridad a fieles y suplicantes, y sus vidrieras destellaron durante las largas noches con promesas de esperanza, pero solo durante un tiempo. Como todo lo creado por los mortales, la esperanza se desmoronó. Tras la Gran Enemistad, todas las fes habían perdido fuelle y esta capilla, como tantas otras, había quedado abandonada e indefensa ante la profanación.

El intermediario los guio entre los escombros. A sus pies crujieron los cristales rotos mientras atravesaban las sombras de las columnas derruidas y trepaban por los maderos a los que habían quedado reducidos los bancos. El padre vislumbró lo que quedaba de un retrato sagrado, representado en un mosaico del suelo, y apartó la mirada rápidamente.

—¿Tenemos que hacerlo... aquí? —preguntó.

El intermediario sonrió.

—No te tomaba por un hombre de fe.

—No lo soy —contestó—. Pero tampoco voy por ahí molestando sin motivo.

—No tienes nada que temer de este lugar —afirmó el intermediario—. Está desconsagrado. La santidad o poder del que gozase en el pasado lo abandonó hace mucho. Es el lugar perfecto para lo que habéis venido a hacer.

Eso no bastó para tranquilizar al padre, pero, antes de que pudiese hablar, su hija susurró en su mente. Llevaba su cuerpo en brazos con la cabeza apoyada en su hombro. «No temas, padre —dijo, pese a que sus labios permanecieron sellados—. Estás donde debes estar».

Llevaba hablando con él de esa forma desde la noche en que murió. Desde la noche en la que las medicinas de su esposa habían fallado y su pequeña había exhalado su último, desesperado y ahogado aliento. Él se quedó junto al cuerpo hasta mucho después de que las velas se hubiesen consumido y su esposa hubiera acostado a sus otros hijos. Durante esas solitarias horas de la madrugada, el espíritu de su hija le susurró por primera vez y temió que la pena se hubiese hecho con el control de su mente. Pero conocía aquella voz y no podía ignorarla. Su hija había contactado con él a través del abismo de la muerte y le hablaba de un camino que

DURANTE ESAS SOLITARIAS HORAS DE LA MADRUGADA, EL ESPÍRITU DE SU HIJA LE SUSURRÓ POR PRIMERA VEZ Y TEMIÓ QUE LA PENA SE HUBIESE HECHO CON EL CONTROL DE SU MENTE.

podía tomar para volver al reino de los vivos. Le prometió recuperarla, pues le debía eso y mucho más, pero sabía que sería un error reconocer la existencia de la voz en presencia de otros. Incluso su propia esposa pensaría que se había vuelto loco.

En un rincón alejado de la capilla, el intermediario se encorvó para abrir una rejilla en el suelo. Las bisagras oxidadas chirriaron en la noche y el padre se sobresaltó con una mueca. Bajo la rejilla, unas estrechas escaleras se adentraban en la tierra y los últimos escalones estaban bañados de un tenue resplandor rojizo. El intermediario hizo un gesto para que bajaran y la madre se resistió.

—Debes de tomarnos por unos necios si crees que vamos a bajar ahí contigo —le espetó.

El intermediario suspiró.

—Este tipo de cosas no pueden hacerse al aire libre, ni siquiera en un lugar como este. Además, y no pretendo ofenderos diciendo esto, no sois el tipo de personas a las que merece la pena atraer hasta aquí si fuese mi intención atracaros.

«Ve, padre —susurró la hija—. Baja».

El padre miró a su esposa.

—Hemos llegado hasta aquí, mi amor.

—No por ello tenemos que sumar estupidez a la necedad. —Puso mala cara y negó con la cabeza—. Pero supongo...

El padre fue primero, seguido de la madre. A mitad del descenso, oyeron que la rejilla rechinaba y se cerraba tras ellos, seguida del sonido metálico de una llave que bloqueaba un pesado candado. Antes de que pudiesen protestar, el intermediario anunció:

—Es por nuestra propia seguridad. Una entrada abierta en el suelo es una invitación tentadora para los horrores que moran en estos lares.

Con reticencia, el padre y la madre continuaron descendiendo por las escaleras hasta que llegaron a la cripta de la capilla. Unas antorchas ardientes nublaban las estancias con su humo, bajo el cual el aire húmedo olía a moho. Las ofrendas y recuerdos que habían dejado para los muertos fuera de los ataúdes apilados se habían podrido. Los saqueadores de tumbas habían abierto por la fuerza y saqueado algunos de los sarcófagos más grandes, y habían esparcido los huesos a su paso. En una pequeña cámara lateral aguardaban una joven y un anciano.

El intermediario presentó a la mujer, una hechicera del poderoso clan de los

Vizjerei. Su pelo era de color carmesí y llevaba una toga bordada de seda y satén de gran calidad. Su altivos ojos verdes parecían irradiar arrogancia a la luz de las llamas. El anciano se encontraba junto a un altar sobre el que ardía un pequeño brasero. Era bajo de estatura, tenía el pelo canoso y ralo y los ojos hundidos, y llevaba un atuendo de lana del color del carbón. El intermediario lo identificó como un sacerdote.

—¿Un sacerdote de qué? —inquirió el padre.

—No pertenezco a la Catedral de la Luz, si es eso lo que te preocupa —contestó el sacerdote. Su voz tenía el tono sordo de una cuchara arañando el fondo de un caldero.

—Me sorprendería si lo fueras —comentó la madre—. Ya acudimos a la Catedral en busca de ayuda y nos dijeron que era una blasfemia.

—Entonces, ¿eres un sacerdote de Rathma?» —preguntó el padre—. También hablamos con uno de ellos y nos regañó como si fuéramos niños. Nos dijo que no teníamos respeto por el Equilibrio.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No soy un nigromante...

—¿Pues qué eres? —exigió la madre.

Fue el intermediario quien respondió:

—Alguien dispuesto a ayudaros. ¿Qué más necesitas saber?

La madre puso los brazos en jarras.

—Me gustaría saber algo sobre la gente con la que estamos tratando. Y por qué aceptarían ayudar a alguien como nosotros.

El sacerdote sonrió de una forma que ensombreció su mirada, pero no siguió hablando.

—Yo responderé a tu pregunta —dijo la hechicera—. Estoy aquí por lo que se me prometió. ¿Lo tenéis?

—Sí —contestó el padre.

La hechicera extendió una mano.

—Se paga por adelantado. Ese era el trato.

Con su hija en brazos, el padre difícilmente podía darle a la hechicera lo que pedía. Fue el sacerdote quien amablemente propuso:

—Ven, deja el cuerpo aquí, en el centro del círculo que he preparado.

El padre bajó la vista y vio un intrincado círculo dibujado con tiza en el suelo de la cripta. Sus sigilos y símbolos arcanos parecían atrapados en un entramado de formas geométricas superpuestas. El padre entró en el círculo, evitando emborronar las líneas con sus botas, y dejó en el centro a su hija, que quedó hecha un ovillo como si la gélida piedra le hubiera dado frío. Luego salió del círculo y se sacó del abrigo una varita que parecía bastante antigua. Estaba hecha de un metal oscuro que se negaba a retener brillo alguno y tenía la forma de una caña fina alrededor de la cual se enroscaba una sierpe. No tenía gemas (de haberlas tenido, las habrían arrancado y vendido hace mucho), pero sí presentaba unas elegantes marcas grabadas similares a las del círculo del suelo.

—Esto es lo que se te prometió —dijo el padre extendiéndole la varita a la hechicera.

Ella la tomó lentamente, con reverencia, y la hizo girar en su mano, estudiándola de punta a punta. El sacerdote avanzó furtivamente para curiosear la reliquia sobre su hombro.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Es… de Viz-jun?

—Es una varita legendaria —explicó la hechicera—. Su creador fue Ranslor, un artesano mayor de los Vizjerei. —Levantó la vista hacia el padre—. ¿Cómo ha llegado a tu poder?

Él se encogió de hombros.

—Lleva generaciones en mi familia. Una reliquia, como suele decirse. Según me contaron, la encontraron en una cueva.

—Más bien, una *tumba* —murmuró el intermediario echando un vistazo a los ataúdes saqueados, pero el padre ignoró esta afrenta a sus antepasados.

El sacerdote se frotó la mandíbula y le dijo a la hechicera:

—Ten cuidado con esa varita. Temo que su poder sea demasiado para ti.

El comentario pareció irritar a la hechicera.

—No tienes ni idea del poder que albergo en mi interior.

—Pero aceptas las varita como pago, ¿verdad? —preguntó el padre y, cuando la hechicera asintió, suspiró.

«Pronto —susurró su hija desde el suelo—. Pronto volveremos a estar juntos».

LA HECHICERA

—¿Qué hay de mi pago? —preguntó el sacerdote.

La hechicera fulminó con la mirada al anciano mientras se guardaba la varita en la toga, molesta por su intento de tratarla con condescendencia. Le recordaba a los hoscos y decrépitos magos del Sagrario de los Yshari, los cobardes envidiosos que se ocultaban tras su preciado Convenio y aprovechaban su infinitud de reglas para contener a cualquiera que tuviese poder de verdad. Quizás, si hubiesen sido menos temerosos, su sagrario no habría caído cuando los demonios arrasaron Caldeum.

El padre de la niña muerta le entregó una bolsita de piel al sacerdote. El sacerdote comprobó su peso sobre la palma de la mano y espetó:

—Ni siquiera necesito abrirla para saber que contiene tan solo una fracción del precio acordado.

El sacerdote cerró el puño en torno a la bolsa de piel. Un brillo amenazante se apoderó de su mirada cuando se giró hacia el intermediario, cuya reputación acababa de quedar entredicho. La hechicera no tenía claro si el padre llegaba siquiera a percatarse del peligro que corrían ahora tanto su esposa como él.

—La culpa es mía —explicó el padre, demostrando su necedad o más valentía de la que la hechicera esperaba de él—. Sabía que no teníamos los medios necesarios para pagarte, pero hemos acudido igualmente. Esperaba que pudiésemos llegar a otro acuerdo.

El sacerdote se giró hacia él, desdeñoso.

—¿Qué tipo de acuerdo?

El padre tartamudeó:

—B-bueno, no sabría decir. Pero siempre pago mis deudas. Tengo la espalda fuerte y trabajo duro.

El sacerdote sonrió ampliamente.

—¿Propones servirme?

El padre palideció y retrocedió, perturbado quizás por el semblante del anciano o por las palabras que había escogido, y la hechicera no podía culparlo por ello. Pero era evidente que estaba desesperado.

—Supongo que sí —declaró.

El sacerdote se alejó del intermediario y se acercó al padre, que consiguió mantenerse firme, aunque cambió un poco el peso de un pie a otro y le costó mirar a los ojos al anciano. Trascurrieron unos instantes. La hechicera observó y esperó. Sentía compasión por el padre y parte de ella quería advertirle sobre los riesgos de contraer cualquier clase de deuda con el sacerdote, especialmente una deuda de servidumbre. Pero no era asunto suyo, así que guardó silencio.

—Muy bien —dijo al fin el sacerdote—. Lo haré por amabilidad. Como un favor. A cambio, vosotros me haréis otro.

—¿Cuál? —inquirió la madre.

—Uno de igual valor —respondió el sacerdote—. Lo sabréis cuando llegue el momento. ¿Estamos de acuerdo?

El padre dudó y miró de repente al cadáver de su hija, como sobresaltado. Se quedó mirando el cuerpo de una forma extraña durante unos instantes y afirmó:

—Estamos de acuerdo.

—Excelente.

La actitud del sacerdote volvió completamente a la afabilidad que había demostrado antes. Le devolvió la bolsa de piel al padre, que la aceptó con un aire algo desconcertado.

—Sois todos testigos —dijo el sacerdote— de que se ha acordado una nueva compensación y considero la cuestión del pago resuelta.

—Doy fe —confirmó el intermediario con un evidente tono de alivio.

—Y ahora —sugirió el sacerdote a los padres—, poneos tan cómodos como podáis y dejadnos espacio para continuar con los preparativos.

Con una última mirada al cadáver de su hija, la madre y el padre regresaron a la cámara principal de la cripta acompañados por el intermediario mientras el sacerdote volvía a consultar el grueso libro que contenía las instrucciones del ritual. La hechicera nunca había lanzado un hechizo así ni visto un libro de magia de estas características. Parecía bastante antiguo, con las páginas amarillentas y la encuadernación muy ajada. Apenas podía descifrar su contenido, pero el anciano parecía comprenderlo bien. El sacerdote se sentó con las piernas cruzadas y el pesado volumen abierto sobre el regazo mientras la hechicera se apoyaba en una pared cercana.

—¿De verdad eres sacerdote? —le preguntó.

El anciano no despegó la mirada del pergamino.

—Lo soy.

—Bueno, si no eres de la Catedral ni un nigromante… —Solo se le ocurría otra religión alternativa—. No serás… de los Zakarum, ¿no?

El anciano inclinó la cabeza.

—En efecto.

—Creía que estabais todos muertos.

—Casi todos. Pero quedamos algunos fieles a la verdadera fe.

La hechicera seguía molesta con el anciano, así que decidió pincharle.

—Dicen que el demonio Mefisto corrompió tu Iglesia sin posibilidad de redención.

Al oírlo, el sacerdote levantó al fin la vista del libro y la hechicera se sintió brevemente satisfecha por haberlo provocado.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó él con una calma que pareció burlarse de ella—. ¿De verdad perteneces al clan de los Vizjerei?

La hechicera estiró el cuello.

—Sí.

—Dicen que los tuyos fueron los primeros en traer demonios a nuestro mundo —le espetó con una sonrisa.

La hechicera forzó una carcajada para enfatizar la absurdez de la declaración.

—Eso fue hace muchísimo tiempo.

—Por supuesto —coincidió el sacerdote—. Por eso tú, más que nadie, comprenderás que pueda resultar ofensivo echarme en cara los pecados de mis antecesores.

Su orgullo le impedía admitir que estaba en lo cierto y echó un vistazo por la cripta.

—¿Tu Iglesia aprobaría esto?

—Hay mucha luz en el amor de unos padres —contestó. Un instante más tarde, añadió—: Veo que tu toga no presenta los signos y marcas que indican la compleción de tu aprendizaje.

Ante eso, la hechicera se separó del muro y se acercó al sacerdote con indignación renovada, pero solo porque decía la verdad. La habían expulsado de la orden antes de que completara su adiestramiento, aunque se guardó ese dato.

—DICEN QUE LOS TUYOS
FUERON LOS PRIMEROS
EN TRAER DEMONIOS
A NUESTRO MUNDO—
LE ESPETÓ CON UNA
SONRISA.

LA HECHICERA FORZÓ
UNA CARCAJADA PARA
ENFATIZAR LA ABSURDEZ
DE LA DECLARACIÓN.

—ESO FUE HACE
MUCHÍSIMO TIEMPO.

—No les quedaba nada por enseñarme —dijo—. Así que me marché.

—Eso lo respeto —dijo el sacerdote—. La búsqueda del poder requiere osadía. Pero los rituales de resurrección son peligrosos. He de arriesgarme a ofenderte preguntándote si eres capaz de cumplir tu parte.

La hechicera comprendía que la pregunta del anciano era válida y razonable, por lo que merecía una respuesta sincera.

—Soy más que capaz —respondió.

LA ESPERANZA DE SU ESPOSO LE SENTABA COMO UN ATIZADOR AL ROJO VIVO EN LAS TRIPAS. SEGUÍA CREYENDO QUE SU HIJA VOLVERÍA CON ELLOS, Y ELLA NO TENÍA NI EL VALOR NI LAS FUERZAS PARA LLEVARLE LA CONTRARIA. EL MOMENTO DE LA HONESTIDAD HABÍA PASADO HACE MUCHO.

LA MADRE

Mientras el sacerdote y la hechicera llevaban a cabo los preparativos murmurando encantamientos, quemando cosas y garabateando sigilos en el suelo y las paredes, la madre se sentó con su marido y el intermediario. El humo que flotaba en el ambiente le irritaba los ojos y el aire frío de la cripta se le calaba hasta los huesos. Ansiaba terminar ya con todo el asunto.

—¿Cuánto falta? —le dijo al intermediario, más para expresar su impaciencia que por saber.

—No sabría decir —contestó. El hombre no se había quitado la capucha todavía, pero podía ver las llamas reflejadas en sus ojos—. No querrás meterles prisa, ¿no?

—Por supuesto que no —dijo su marido—. Que se tomen todo el tiempo necesario.

La esperanza de su esposo le sentaba como un atizador al rojo vivo en las tripas. Seguía creyendo que su hija volvería con ellos, y ella no tenía ni el valor ni las fuerzas para llevarle la contraria. El momento de la honestidad había pasado hace mucho. De haber sabido lo lejos que llegarían, habría intentado disuadirlo con más insistencia para no acabar en este lugar maldito. Le habría evitado el dolor. En aquel momento le pareció más sencillo dejarle llevar el luto a su manera, pero, con cada paso que tomaba en esta dirección, le resultó más complicado decirle la verdad hasta que le fue del todo imposible. Pero todo lo que había hecho fue por él.

—Supongo que habrá que llegar hasta el final —susurró.

Un poco más tarde, el sacerdote se asomó y dijo:

—Estamos listos.

La madre y el padre siguieron al anciano de vuelta a la otra sala más reducida. El círculo del suelo estaba dividido y unos anillos periféricos más pequeños marcaban sus cuartos. En el centro, le habían quitado la mortaja al cuerpo de su hija y le habían cambiado la postura para colocarla bocarriba con los brazos bien extendidos. Cada mano delicada apuntaba hacia uno de los anillos pequeños, mientras que su cabeza y sus pies apuntaban hacia los otros dos. Parecía muy pequeña, como una muñeca con pálidas ramitas en lugar de extremidades. La madre no podía mirarla y dirigió la vista a su marido. Este se había cubierto la boca al ver a su hija para sofocar un jadeo, pero luego recobró la compostura y asintió, como si se mostrase de acuerdo

con algo que nadie en la sala había dicho.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó.

La hechicera respondió:

—Colocaos en vuestros puestos.

Ella ya se encontraba en el anillo de la mano derecha de la niña. El sacerdote indicó al padre que se colocase en el círculo situado a los pies del cuerpo, y el intermediario debía situarse en el de la mano izquierda. La madre se dirigió hacia el pequeño círculo que había cerca de la cabeza de su hija, pero mantuvo la cabeza alta y evitó mirar la cara inerte de la niña.

El sacerdote se colocó frente al padre con un cuchillo curvado y un pequeño recipiente en las manos.

—Para este ritual, necesitamos un poco de vuestra sangre —dijo—. Extiende la mano, por favor.

Nadie le había mencionado sangría alguna a la madre antes de aquel instante, pero no podía negarse, sobre todo cuando su marido se había ofrecido sin dudarlo. Cuando el sacerdote se dirigió hacia ella pasando sobre el brazo de su hija, extendió la mano hacia él con reticencia. Le hizo un corte en la palma; no demasiado profundo, pero lo suficiente para que una pizca o dos de sangre goteasen en el cuenco. Luego dejó recipiente y el cuchillo en el suelo, y le vendó la herida con sus fríos y huesudos dedos utilizando un pedazo de tela.

—El dolor será momentáneo —indicó—. A diferencia de vuestra pena, que pronto quedará aliviada.

Recogió el recipiente con la sangre del suelo, aunque dejó el cuchillo donde estaba, y volvió al altar donde ardía el brasero. Asió la mortaja de la niña fallecida y rasgó dos trozos de la tela. Luego mojó un cálamo negro en la sangre que acababa de reunir.

—Ahora —dijo mirando al padre—, debéis ofrecer un recuerdo de vuestra hija. Hablad con honestidad sobre el amor que sentíais por ella en vida.

—¿Amor? —El padre bajó la mirada hacia el cadáver con los ojos inundados de lágrimas—. ¿Qué puedo decir? Era la más pequeña de sus hermanos y mi única hija, mi alegría en este mundo maldito. Nunca perdió la sonrisa, ni siquiera cuando enfermó. S-se inventaba cancioncillas que me alegraban incluso el más duro de los días. —Parecía absorto por lo que veía en el suelo—. A v-veces sigue

pareciéndome...

—¿Pareciéndote qué? —preguntó la madre.

El padre negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—Da igual. ¿Quieres la verdad, sacerdote? Bien, pues lo cierto es que le fallé. No pude protegerla.

Alzó la vista del cuerpo para mirar a su esposa al otro lado del círculo. Su expresión se había vuelto tan fría e impasible como una lápida vieja, y eso la hizo preguntarse qué sabría.

—Suficiente —indicó el sacerdote arañando la mortaja con el cálamo ensangrentado. Cuando hubo terminado de escribir, dejó a un lado ese trozo de tela, recogió el segundo y aguardó.

La madre de la niña se percató de que era su turno y, aunque sabía que el ritual fracasaría, no consiguió forzarse a mentir. Cuando finalmente habló, dirigió sus palabras a su marido.

—Yo... Yo la quería, eso lo sabes. Pero no era igual que con los chicos. No sé por qué, nunca llegué a cogerle cariño, ni ella a mí. Incluso cuando le daba de mamar, sentía que no era mía. Como si la hubiesen suplantado. Sé que una madre no debería decir algo así. —Bajó la mirada hacia la cara redonda que tenía a sus pies y se percató, avergonzada y horrorizada, de que su afecto por la niña no había crecido tras su muerte—. ¿Quieres un recuerdo, sacerdote? Recuerdo la alegría que le daba a mi esposo. Supongo que, al menos, una parte de mí la quería por ello.

Nunca había dicho la verdad con tanta claridad. Levantó la vista ante una sala que se había quedado estática y en silencio. El sacerdote había parado de garabatear. El intermediario y la sacerdotisa la observaban fijamente, pero su marido había apartado la mirada. Sabía que acababa de romperle el corazón y el resto de la verdad lo destruiría si la pronunciaba.

—¿Bastará con eso, sacerdote? —preguntó.

—Es... —Se aclaró la garganta—. Es suficiente.

Cuando terminó de escribir sobre el segundo trozo de la mortaja, entonó algunas palabras en un idioma desconocido y colocó ambas tiras de tela juntas en el brasero. Al arder, llenaron la estancia de un humo acre.

—¿Por qué...? —empezó a decir la hechicera. Tosió y, después, continuó—. ¿Por qué destruyes los recuerdos?

EL AIRE DE LA TUMBA PARECIÓ ESCASEAR, COMO SI ALGO LO HUBIESE ABSORBIDO, Y EMPEZÓ A COSTARLE RESPIRAR. ESCUCHÓ UN ALARIDO Y UNOS GOLPES QUE PROVENÍAN DE SU PROPIO CRÁNEO Y ABRUMABAN SUS SENTIDOS.

—¿A qué te refieres? —preguntó el sacerdote.

La hechicera frunció el ceño; parecía confusa.

—¿Acaso no son esos recuerdos un vínculo entre los padres y su hija? ¿Por qué los quemas?

El sacerdote la observó con evidente desprecio.

—Si consideras que he cometido un error, te animo a consultar el texto. Rectificar es de sabios.

El anciano hizo un gesto hacia el pesado volumen que reposaba sobre el altar, a su lado.

La hechicera tragó saliva.

—No, seguro que tienes razón.

El sacerdote asintió. Después, alzó los brazos y la voz a coro con la hechicera. Cuando las últimas palabras del hechizo retumbaron por toda la cripta, a la madre le pareció oír susurros ocultos tras los ecos que llegaban a sus oídos. Las antorchas se atenuaron o, quizás, su vista se ensombreció. El aire de la tumba pareció escasear, como si algo lo hubiese absorbido, y empezó a costarle respirar. Escuchó un alarido y unos golpes que provenían de su propio cráneo y abrumaban sus sentidos. Creyó que su mente se perdería en el abismo que se había abierto en su interior, pero la presión desapareció de repente. Cogió aire con desesperación y abrió los ojos.

EL SACERDOTE

El verdadero propósito del ritual se había cumplido y no era posible detenerlo. Los otros ocupantes de la cripta no serían conscientes de ello al principio y puede que muriesen antes de descubrirlo, pero eso no cambiaba nada. El sacerdote había servido bien a su maestro.

Un espasmo retorció el cuerpecito que yacía en el suelo, lo que despertó un aterrado chillido en la madre y un llanto de alegría en el padre. El padre cayó junto al cuerpo mientras este recobraba la vida entre temblores y lo acunó sollozando.

—¡Respira! —exclamó—. ¡Está viva!

—No. —La madre permaneció de pie con los ojos y la boca abiertos de par en par—. No puede ser.

Su marido no pareció haberla oído. Eso, o algo resonaba con más fuerza en su propia mente.

—Tenías razón —susurró—. Tenías razón.

La madre se desplomó sobre las rodillas con la espalda doblada y los hombros encorvados. El cuchillo del sacerdote estaba en el suelo de piedra, frente a ella.

—Necio —murmuró—. Nos has condenado.

El padre alzó la vista. Las lágrimas le habían emborronado la suciedad del rostro, y parpadeó confuso mirando a su esposa.

—¿*Condenado*? ¡Pero si la magia ha funcionado! ¡Está viva!

—¡Y vamos a morir todos por ello! —le gritó cada vez más agitada e histérica.

La hechicera se acercó a ella.

—¿A qué te refieres?

La madre se había quedado pálida a causa del pánico.

—Siempre fue una niña enfermiza. M-me pareció lo correcto... Bueno, no *lo correcto*, pero sí la mejor opción. —Se agarró el vientre y comenzó a mecerse—. Lo hice por nosotros —gimoteó—. *¡Lo hice por nosotros!*

—¿Qué hiciste? —preguntó su marido.

La madre de la niña reveló lo que el sacerdote ya sabía.

—Hace una quincena... —relató—, soñé que había salido a recoger leña y que un lobo me encontraba a solas en el bosque... Era una bestia monstruosa. N-nunca había visto algo así y pensé que me haría pedazos. Pero no era un lobo normal y

—ESTO NO ERA UNA RESURRECCIÓN —SUSURRÓ HORRORIZADA ALZANDO LA VISTA DEL LIBRO.

corriente. Le ardían los ojos en el cráneo y podía hablar. ¡Juro que era real y que el lobo me *habló*!

—¿Qué te dijo? —exigió saber la hechicera.

La madre tembló al recordarlo.

—Que daría caza a todos mis seres queridos, a mi esposo y a mis niños, y que los devoraría lentamente. Que sorbería el tuétano de sus huesos mientras aún vivían..., a menos que hiciese lo que me pedía.

—¿*Qué hiciste*? —repitió el marido.

La madre prosiguió.

—El lobo prometió perdonarnos a los demás si...

—¿Si *qué*? —bramó el padre, y su esposa se estremeció.

—¡Si sacrificaba a nuestra hija menor! —confesó—. Habría... muerto de todas formas, ¿es que no lo ves? Y estaba harta de cuidarla. ¡No era más que una carga!

Al oírlo, la hechicera miró al sacerdote. Luego cruzó la pequeña sala hasta el altar, donde se apoderó del antiguo volumen y lo abrió. El sacerdote no hizo amago de detenerla. Si poseyera los conocimientos y habilidades necesarios para leer el libro, nunca habría permitido que comenzase el ritual y, aunque consiguiese descifrar la verdad ahora, carecía del poder para hacer algo al respecto.

—La... envenenaste. ¿Y todo por un sueño? —El padre negó con la cabeza, como si no le entrase en ella una idea así—. ¿Has cambiado la vida de tu hija por la tuya?

—¡No! —se lamentó—. ¡Por la tuya! ¡Por las de nuestros hijos! —Se aferró a su propia frente con ambas manos—. Pero lo hemos revertido, ¿no lo ves? ¡Y ahora el lobo vendrá a por nosotros! ¡Va a devorarnos!

Vio el cuchillo en el suelo e, impulsada por el miedo, lo recogió y se abalanzó contra su hija para sacrificarla por segunda vez.

El padre también actuó sin pensar y saltó desde el cuerpo de su hija para interceptar a su esposa. Chocaron y cayeron forcejeando, agarrando, arañando, suplicando, gritando. Entonces la madre chilló una única vez. El padre rodó para apartarse de ella y reveló el cuchillo alojado en la parte superior del pecho de la mujer, entre el corazón y la garganta. Los ojos se le salían de las cuencas y la mandíbula se sacudía con los bufidos y borboteos que le salían de la garganta. El marido profirió un alarido y se arrastró de vuelta a su lado. Le acarició con las yemas de los dedos la mejilla, la garganta y el mango del cuchillo sin decir nada, sin

hacer nada, hasta que murió en sus brazos.

Todo había sucedido en cuestión de segundos, durante los cuales el sacerdote permaneció inmóvil. Se percató de que el intermediario había dado un paso atrás y también había permitido el desarrollo de los acontecimientos. En cuanto a la hechicera, aunque la pareja le hubiese importado lo suficiente para intervenir, se vio consumida al comprender la situación.

—Esto no era una resurrección —susurró horrorizada alzando la vista del libro.

—¿No? —preguntó el sacerdote—. Dinos, pues, Vizjerei, tú que no tenías nada que aprender de tus maestros, qué era.

—¿Padre? —dijo el cuerpo de la niña abriendo los ojos con un parpadeo.

—¡Estoy aquí! —El padre abandonó el cadáver de su esposa y volvió a toda prisa junto a su hija, cubierto de la sangre de la madre—. Estoy aquí, mi niña.

La hechicera sacó la antigua varita de su toga.

—Esa *no* es tu hija —le dijo—. Aléjate de ella. Ahora.

—¿De qué estás hablando? —El padre acarició la frente de su hija y le echó el pelo hacia atrás sin razonar—. Mírala. ¿Quién iba a ser si no?

—No lo sé —contestó la hechicera mientras se alejaba del altar y del sacerdote apuntando al cuerpo de la niña con la varita—. Solo puedo leer un poco del hechizo. Pero te aseguro que eso no ha sido una resurrección. Era una *invocación*.

—No lo entiendes —dijo el padre—. Ha estado hablándome todo este tiempo, guiándome a cada paso. Me trajo hasta aquí para que yo pudiese devolverle la vida.

—Te han engañado —aseguró la hechicera con voz temblorosa—. Nos han engañado a *todos*. Pero aún no es tarde. Puedo destruir ese cuerpo antes de que se complete la posesión. Apártate o me veré obligada a destruirte a ti también.

—¿*Puedes* destruirlo? —preguntó el sacerdote.

La hechicera ajustó su posición y su forma de blandir la varita, y el sacerdote percibió sus dudas, el miedo a su propia ineptitud, que se ocultaba incluso a sí misma.

—¿Crees de verdad que tienes la destreza necesaria? —preguntó, provocándola con desdén—. Tendrás un gran poder, pero no eres más que una cría indisciplinada. Te falta paciencia. Careces del valor de admitir lo que desconoces y por ello has cometido el mismo grave pecado que tus antepasados.

—No —murmuró la hechicera. Desesperada, se volvió hacia el intermediario,

que destacaba entre las sombras—. ¡Tenemos que parar esto!

—¿*Tenemos*? —preguntó él—. Mi papel en esta transacción ha concluido.

La hechicera lo maldijo, apuntó con la antigua varita al cuerpo y lanzó un hechizo. El sacerdote asumió que pretendía generar una descarga de fuego, pero, en lugar de eso, las llamas se proyectaron hacia ella, la envolvieron en una deflagración y prendieron su atuendo. Gritó y cayó al suelo, retorciéndose y revolcándose, intentando quizás extinguir ese infierno. El humo de su carne espesó el aire. Consiguió ponerse de pie tambaleándose y huyó de la sala, chillando sin cesar como una bestia.

El intermediario desenvainó su daga y la siguió sin mediar palabra, mientras que el sacerdote se acercó adonde se le había caído la antigua varita. Se preguntó si estaría caliente al tacto, pero, cuando la recogió, comenzaron a dolerle al instante las artríticas articulaciones de los dedos a causa del frío metal. El padre estaba sentado en el suelo junto a su esposa muerta y con el cuerpo de su hija en brazos, aparentemente ignorando todo lo demás.

Un instante después, los gritos de la hechicera cesaron.

Entonces el intermedio regresó a la sala negando con la cabeza.

—Tanto revuelo puede haber llamado indebidamente la atención. —Llevaba la daga cubierta de hollín ensangrentado y, cuando vio la varita en la mano del sacerdote, la señaló con el arma—. Eso me lo llevo yo.

—Qué incordio —dijo el anciano suspirando—. Detesto los métodos más cruentos.

EL INTERMEDIARIO

El sacerdote resopló.

—Esta reliquia debe quedarse en unas manos mucho más capaces que las tuyas. ¿Qué piensas hacer con ella? ¿Venderla?

El tono del intermediario se ensombreció.

—Ya la venda, la cuelgue de la repisa de la chimenea o la use para rascar el orinal, no es asunto tuyo. Los términos que acordamos se han respetado. La varita no era parte de tu botín.

—No estoy negociando —dijo el sacerdote antes de proferir una maldición gutural y desangrante.

El intermediario no era ningún necio. Había entrado en la cripta preparado: el amuleto que llevaba al cuello, y que le había costado casi tanto como lo que sacaría con la varita, lo protegió de la magia oscura del sacerdote.

—Qué incordio —dijo el anciano suspirando—. Detesto los métodos más cruentos.

El intermediario se lanzó hacia él con la esperanza de apuñalarlo antes de que probase con un hechizo distinto, uno capaz de superar los límites del amuleto, pero el sacerdote resultó ser más ágil de lo esperado. Esquivó la hoja y saltó hasta el extremo de la sala. Entre ellos, en el suelo, el padre había recuperado la suficiente entereza para proteger el cuerpo de la niña de la conmoción con el suyo, creyendo todavía que era su hija.

El sacerdote le gritó:

—*¡Tú!* ¡Salda tu deuda y mata a ese hombre!

Aunque el padre hubiese obedecido, el intermediario no tenía nada que temer del granjero. Aparte del cuchillo clavado en su esposa, el hombre estaba desarmado y azotado por la pena. Pero el padre sorprendió al sacerdote quedándose inmóvil. Solo alzó la vista hacia el viejo con cara de necio.

—¡En pie! —bufó el sacerdote—. ¡Mátalo!

El intermediario aprovechó la confusión del momento, voló por la sala y placó al anciano. El aturdido sacerdote gruñó y bajó la vista hacia el cuchillo que tenía clavado entre las costillas. La varita metálica cayó y resonó al chocar contra las losas. Con ambas manos, el sacerdote asió la cruceta de la daga débilmente, pero no

LOS MORTALES MENTÍS CON MUCHA FACILIDAD. MENTÍS POR VERGÜENZA. MENTÍS POR MIEDO. MENTÍS POR VUESTRAS AMBICIONES Y POR CODICIA. Y ESO OS CONVIERTE A TODOS EN MIS HIJOS.

supo qué hacer con ella. Entonces miró al intermediario a la cara y alzó las canosas cejas con incredulidad.

—¿Qué? —preguntó el intermediario—. ¿Acaso te prometió tu maestro que saldrías de este sitio con vida?

El sacerdote intentó decir algo, pero la sangre que se le acumulaba en la boca lo hizo escupir y mancharse entero de rojo. El intermediario dio un paso atrás y le arrancó la daga. El sacerdote se desplomó sobre el suelo.

—Bien hecho —dijo el cuerpo de la niña.

El padre le sonrió.

—No he hecho nada. Ha sido...

—Tú no —dijo levantando la vista hacia el intermediario.

El padre se enderezó con la cabeza ladeada y sonriendo desconcertado. Su delirio resultaba casi lamentable.

—Esa no es tu hija —aseguró el intermediario.

—Es... el Señor de la Mentira —se oyó decir a una voz ronca que provenía del fardo que era el moribundo sacerdote—. Belial.

El intermediario se rio.

—Conque *sí* que lo sabías.

—Por supuesto... que lo sabía. —El sacerdote tosió y esparció sangre por las losas—. Él me *envió.*

Belial alzó el cuerpo de la niña fallecida, lo puso en pie y habló al sacerdote a través de su boca.

—Tú también me has servido bien.

El sacerdote gruñó e hizo una mueca de dolor mientras retorcía su cuerpo para ponerse de cara al demonio.

—Yo... no soy... *tu* siervo.

Belial se echó a reír.

—Todos los que mienten son mis siervos. —Con las pisadas unos tiernos pies minúsculos, el demonio se acercó al sacerdote, se agachó junto a él y susurró—: ¿No pensarás que desconozco a quién *crees* servir?

El sacerdote se había desplomado tras perder toda su fuerza, y su mejilla yacía en un charco de su propia sangre. Apenas podía hablar, pero con su último aliento susurró:

—Eres tú... quien lo sirve... a *él*.

—¿Hija mía? —El padre de la niña muerta estaba arrodillado en el suelo con los brazos colgando a los lados—. ¿Qué son... esas atrocidades de las que hablas?

Belial soltó una grave risita a través de la garganta de la niña y pareció arañar las paredes de la cripta.

—Sigues mintiéndote todavía. —El Señor de la Mentira saltó hacia él y se inclinó para hablarle a gritos a la cara como si el niño fuese él—. Tu hija está *muerta*. Tu esposa la asesinó. Pero eso ya lo sabías, ¿no? No pudiste protegerla y precisamente por eso has hecho todo lo que te he dicho. Por eso metiste su cadáver en una carretilla y lo trajiste hasta mí. ¿No lo ves? Tú, tu esposa, la hechicera, el sacerdote e incluso el intermediario que os ha reunido: todos estáis aquí por vuestras mentiras. Los mortales mentís con mucha facilidad. Mentís por vergüenza. Mentís por miedo. Mentís por vuestras ambiciones y por codicia. Y eso os convierte a todos en *mis* hijos.

—No —dijo el padre negando con la cabeza como si hubiese perdido los huesos del cuello—. Mi niña, por favor, ¡no! —Se abalanzó sobre el demonio y lo abrazó a la desesperada mientras sollozaba sobre el blanco camisón de la pequeña muerta—. ¡No puedo creerlo! ¡No quiero creerlo!

—Lo que creas es irrelevante.

Entonces, el demonio rodeó con los brazos al hombre y apretó, hasta romperle las costillas. El padre habría gritado, pero no le quedaba aire en los pulmones y solo podía mirar al techo abovedado de la cripta con la boca abierta y los ojos inyectados en sangre: al fin veía la verdad.

El demonio aprovechó la carne viva del hombre, la estiró para introducirse en ella, la atravesó y cruzó el suelo a manotazos y arañazos. En la cámara resonaban los desgarros de la carne mientras salían cuernos y espinosas extremidades de la masa renqueante, así como grotescas bocas y ojos pequeños y brillantes, hasta que adoptó por completo el aspecto de Belial.

El intermediario hincó la rodilla e inclinó la cabeza.

—Amo, a tus órdenes.

Belial sofocó una risotada.

—¿Esperas que te perdone si te arrastras?

—Soy tuyo y puedes hacer conmigo lo que desees —respondió el

intermediario—. *Todo* Santuario es tuyo.

—No —dijo Belial—. Mefisto sigue recorriendo estas tierras y plantando sus semillas. Pero ahora yo estoy aquí. Santuario no es mío. *Todavía* no.

El intermediario se atrevió a alzar la vista con reverencia hacia el horror que tenía delante.

—Pero… todos los que mienten son tus siervos.

La cambiante figura de Belial flotó hacia el altar.

—Sus mentiras no bastan. Santuario solo será mío cuando sus hijos dejen de creer que la verdad existe. —Belial se volvió—. Por eso vivirás, por ahora. Llévate esa varita. Ve y difunde mi palabra.

El intermediario inclinó la cabeza una vez más.

—Con gusto, mi señor.

SOBRE EL AUTOR

Matthew J. Kirby es un escritor premiado y aclamado por la crítica, autor de múltiples novelas como *The Clockwork Three*, *Icefall*, *The Lost Kingdom*, *A Taste for Monsters* y *Star Splitter*. También ha escrito los libros *Book of Lorath* y *Book of Prava* para el universo de Diablo, así como relatos para el universo de Assassin's Creed. Su trabajo ha recibido numerosas distinciones, como el premio Edgar al mejor misterio juvenil y el premio PEN Center USA de literatura infantil. Actualmente vive con su familia en Idaho.